



Necesitamos de la penitencia y de la purificación.

16/03/2011

Evangelio

Del santo Evangelio según san Lucas 11, 29-32

«En aquel tiempo, la multitud se apiñaba alrededor de Jesús y éste comenzó a decirles: “La gente de este tiempo es una gente perversa. Pide una señal, pero no se le dará más señal que la de Jonás. Pues así como Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para la gente de este tiempo.

Cuando sean juzgados los hombres de este tiempo, la reina del sur se levantará el día del juicio para condenarlos, porque ella vino desde los últimos rincones de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón.

Cuando sea juzgada la gente de este tiempo, los hombres de Nínive se levantarán el día del juicio para condenarla, porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás».

Oración introductoria

La señal de Jonás se relaciona con la resurrección de Jesucristo, por los tres días que paso Jonás en el vientre de la ballena, pero hoy quiero pedirte, Padre mío, que me fortalezcas para que nunca busque huir de la misión que me has encomendado, como trató de hacer Jonás. Sé que Tú no me dejarías y me seguirías buscando, por eso no te pido ninguna señal de tu presencia, creo y confío plenamente en que Tú quieres tener ahora un momento de oración conmigo. ¡Ven Espíritu Santo!

Petición

Señor, dame una fe recia y humilde para que sepa abandonarme en tu Divina Providencia.

Meditación

«Lo importante es (...) la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de

la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación (...). En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales» (Benedicto XVI, 12 de mayo de 2010).

Reflexión apostólica

«Descubrir el rostro de Cristo supone la fe; una fe abierta con sencillez y confianza a Cristo –a su Persona, Palabra y Obra–; una fe alimentada en la Eucaristía, el Evangelio y la contemplación de los misterios de su vida. El contacto asiduo y paciente con Cristo vivo en su palabra y en sus sacramentos, mediante la oración personal y la participación litúrgica, ha sido siempre la gran escuela para alcanzar el conocimiento experimental de su amor» (Manual del miembro del Movimiento *Regnum Christi*, n. 31)

Propósito

El día de hoy vivir con espíritu de penitencia, negándome a mí mismo en gustos y en todo lo que pueda, para reparar por mis pecados.

Diálogo con Cristo

«Quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta». ¡Qué gran verdad supo expresar santa Teresa! No tengo porque pedir milagros, señales, yo sé Señor mío que me amas y que me buscas, ayúdame a acogerte siempre en mi interior. Sabes que soy voluble y que tiendo a la ley del menor esfuerzo, condición incompatible con tu presencia en mi interior, por eso quiero crecer en la oración y en la participación litúrgica para poder experimentar tu amor. Tengo una misión que podré llevar acabo si actúas a través mío. No quiero buscar mi propia autodeterminación sino que quiero descubrir tu voluntad en los acontecimientos de este día, como siempre hizo tu Madre santísima, para serte siempre fiel.

«No es posible que el amor a Cristo se establezca en nuestro corazón cuando nuestra vida da señales de poca delicadeza en responder a este amor» (*Cristo al centro*, n. 267).